

HERNANDO CORTÉS

HOMENAJE A MANUEL BELTROY

Quisiera hacer una semblanza del maestro, ya que conocí a Don Manuel Beltroy cuando él frisaba los 65 años y quisiera recordarlo como lo fue para mí, mi padre espiritual. Nunca fui alumno suyo en ninguna de sus clases en San Marcos, pero yo conservaba como un tesoro la colección completa de la Antología Peruana que él había editado y dirigido; cada número, un escritor o un tema. Y esas eran las primeras muestras de lo que muchos años después se llamó el libro popular. Los llevé en mi primer viaje a España (1950) y a mis amigos españoles les dí a conocer a Valdelomar, a Eguren, a Vallejo. Y un buen día me decidí a visitarlo en su Departamento de Extensión Universitaria, una oficinita en el patio de Letras de la Universidad. Le conté que yo había estudiado teatro y que en la Asociación de Artistas Aficionados había entrenado un espectáculo basado en la poesía de César Vallejo, con decorados de Alejandro Romualdo y música de Raúl García Zárate y canciones de la Guerra Civil Española. Don Manuel de inmediato me comprometió para dar tres funciones en el Aula Magna.

Nuestra amistad se inició entonces y se fue ahondando con el correr de los años. Comencé a visitarlo con frecuencia en su oficina. Poco tiempo después colaboré con él en un homenaje a la República de Israel, en ese salón dorado que era un lugar donde había acudido siempre a escuchar a las personalidades más eminentes del pensamiento y de la poesía peruanos y extranjeros. Fui conociendo a ese hombre apasionado, de espíritu infantil que manejaba la cultura y el arte con el conocimiento que un niño tiene de sus juguetes. Salimos muchas veces de la Universidad, acompañándolo yo en sus incursiones en busca de libros viejos, o en su incansable búsqueda de libros de teatro. Había creado el primer grupo independiente de tea-

tro en el Perú, el Teatro del Pueblo, allá por el año 1939, donde había debutado el gran actor peruano Luis Alvarez que don Manuel, en uno de esos arranques muy suyos, comprometió a presentarse por primera vez en un escenario no siendo sino un muchacho empleado en una tienda de cacharros del Mercado Central. También había creado el Teatro Universitario de San Marcos en 1945, como consta en la placa que figura en el local del jirón Lampa.

Pero no era el teatro únicamente el tema de nuestras conversaciones puesto que él era un artista universal. Sus temas transcurrían del mundo pre-colombino a la época de la República en el siglo XIX, de los vestigios del arte sumerio a la pintura del Renacimiento, de las distintas razas de gatos a la reconstrucción de Berlín después de la guerra 39-45, de cualquier tema a cualquier otro, ya que los dominaba todos con un aire deportivo. ¡Cuán lejos del solemne catedrático que podía ser un especialista en Literatura medieval, como él era! Y todo ese bagaje cultural surgía en las visitas que hacíamos a los librereros viejos de Lima.

En cierta ocasión, me sugirió la idea de ser profesor de teatro en el Colegio León Pinelo y, naturalmente, yo acepté enseguida. Más adelante y por su invitación, empecé a acudir a su casa de Tacna en Barranco, los domingos por la tarde. Allí se llevaban a cabo interesantísimas tertulias. Pero déjenme que les cuente mi primera impresión al llegar a su casa. Subí las gradas de madera del porche que daba acceso al vestíbulo y Don Manuel que me recibía, me indicó que entrara de perfil por una de las hojas de la puerta y que me fijara bien dónde ponía los pies. La entrada se hallaba atiborrada desde el suelo de libros que podían derrumbarse al menor movimiento en falso. Con cada una de las visitas que realicé a su casa fui acostumbándome a que algunos de los libros no se encontraban solamente en los anaqueles destinados para ello sino, por ejemplo, al abrir la alacena del comedor. Muchos libros de teatro estaban allí. Pero, claro está, este aparente desorden no era tal para Don Manuel quien iba directamente al sitio exacto en que se encontraba el libro del que estaba hablando cualquiera que fuese el tal sitio.

En estas reuniones en su casa tuve la ocasión de conocer a personalidades ante las cuales, a pesar de no ser yo un chiquillo, pues era un hombre hecho y derecho, me mantenía digamos a la expectativa. Estos fueron: Martín Adán, Ricardo Grau, Xavier Abril, María Luisa Grau, Estuardo Núñez, Augusto Tamayo, Manuel Vale, Fernando Tóvar, Alfonso Respaldiza, de los que yo recuerdo, sobre ese amplio balcón o terraza que miraba al jardín y, más lejos, al mar. En otros días, era la hamaca en el jardín y «el hada de los bosques», así decía él, que desambulaba por allí; se refería a su hija Mireyita. Y en el tercer piso, esa estancia secreta que era el recinto erótico que Don Manuel llamaba su sancta sanctorum, y que secretamente también y prestamente, pero en un gesto de confianza, Don Manuel me hizo atisbar un magnánimo domingo.

Estamos en el año 60 y él, a sus sesenta y siete años, recién tiene la oportunidad de viajar a Europa que tanto conocía por los libros. Viajó hacia China Popular primero y, a continuación, hacia la URSS y los países europeos socialistas, para terminar ese viaje en París. Y hago referencia a este hecho por los comentarios ianuditos que me confesó a su vuelta al Perú. Su primera impresión fue que su viaje debió ser a la inversa, pues él decía que después de conocer el arte chino, el desarrollo histórico del pueblo chino, sus ciudades, palacios y monumentos, lo que conoció en la URSS, en los países centroeuropeos y en el mismo París había devenido pura chatarra. Un palacio todo de malaquita en China convertía a Versalles en un mercado de las pulgas. Recordaba que habiendo ido una tarde al Café de la Paix, el mozo que lo atendía, ante el despliegue de conocimientos de la ciudad de que hacía alarde Don Manuel, le había preguntado: ¿Cuántos años lleva usted viviendo en París?. A lo que Don Manuel le respondió, hace tres días he llegado por primera vez a París. A las parejas que por las calles se besaban, costumbre que todavía no se había generalizado en los demás lugares de la tierra, Don Manuel les tocaba en los hombros y cuando la pareja se separaba, Don Manuel los bendecía y añadía: -Ya pueden ustedes continuar.

En los últimos tiempos tenía proyectado hacer de la isla que se encuentra en la laguna del Parque Confraternidad, que anteriormente alojaba a un restaurante de nombre «El Caballo Negro» y que había sido clausurado por el Municipio de Barranco a causa de una fiesta escandalosa, un centro cultural, que habría sido el primero de estos centros culturales que ahora se multiplican en Lima, con la denominación de «La Hostería de las Artes». Allí me condujo un día y me hizo recorrerlo pues permanecía aún deshabitado. Pocos meses más tarde, Don Manuel convocó en el lugar la primera Exposición del Libro Barranquino. Hoy en día ese lugar que lleva el nombre de Manuel Beltroy Vera, sigue todavía abandonado.

Repito: nunca asistí a ninguna clase suya en San Marcos ni en ninguna otra parte. Sin embargo, gracias a sus consejos, yo me decidí a ser dramaturgo y mi primera obra estrenada «La ciudad de los reyes» tomó cuerpo con sus directrices. Me hizo eliminar escenas, corregir otras, ponerle un prólogo representable y un epílogo al final. Por eso, la obra, al abrir el libro en la edición, lleva su nombre. Se tiene la imagen de un catedrático universitario solemne y grave que, a veces, se permite formular una frase graciosa. Y casi siempre se acierta. Ello forma parte de la dignidad que debe conservar una autoridad que da el ejemplo. Esta imagen también puede aflojarse hasta un profesor de espíritu juvenil, de graciosas maneras, con un abierto sentido del humor. Pero mi experiencia a través de los años nunca me mostró un hombre como él que no había perdido su infancia y que gozaba de ella en todo momento. Esa virtud que don Manuel tuvo de enseñar jugando, de asombrarnos a cada instante con ideas, nociones, conceptos, comentarios profundos, como si fueran superficialidades no siendo sino enseñanzas que había que guardar en la memoria, incorporando frases en cien idiomas pues andaba él del latín al quechua, del alemán al inglés, del francés al italiano, siempre como jugando, con esa vocecita suya tan de niño, tan frágil y al mismo tiempo tan llena de entusiasmo. La dignidad la llevaba en su espíritu; la ternura, en su corazón.

No fuimos jamás maestro y discípulo, fuimos dos amigos de la misma edad que hablaban de cosas serias como sin respeto y de cosas estúpidas respetuosamente y nuestros temas giraban lo mismo sobre mujeres y pecados como sobre virtudes y superhombres. Una frase de Goethe que repetía a menudo era: «El eterno femenino nos conduce a lo alto». Todavía lo recuerdo corriendo detrás de un ómnibus para prenderse de él aun a sus 70 años, con su sombrero de ala ancha caído sobre su frente. Mucho he aprendido de muchos hombres y mujeres en mi vida; lo que hay que conocer y hay que emplear y lo que hay que conocer y no hay que emplear. De don Manuel Beltroy no tan sólo aprendí su pasión por el teatro y por la cultura en general, por la lectura y también por el amor a los seres humanos cualesquiera que estos fuesen: ignorantes o estúpidos, sabios o inteligentes. Me enseñó lo que nadie más supo enseñarme: el amor a la belleza. Por eso, él fue además de uno de mis amigos más queridos, mi padre espiritual.

Muchas gracias
17 de mayo de 1999